

XI CONGRESO INTERNACIONAL GRUPO CERO

LA QUEJA EN PSICOANÁLISIS

El término “queja” nos presenta una rica etimología. En principio viene del latín, del verbo “queror” que significa deplorar, lamentar, demandar; quien se queja es porque está descontento, porque reclama algo y también porque de alguna manera quiere conseguir o indagar algo. De ahí la partícula interrogativa “quare”, adverbio, que significa ¿por qué? Del mimo origen pero a través del mozárabe es la palabra “quedhar” que también significa lamentarse. Y en otra acepción del término, queja es querella.

Fenomenológicamente la queja es una demostración o exteriorización de algo que “duele”. Es una explicación espontánea para reclamar atención.

Podríamos decir que nos quejamos casi todos. En los bares hombres y mujeres se quejan de la familia, de los entrenadores de fútbol, de sus empleados, de los impuestos, de las pérdidas. En la enseñanza por la falta de disciplina, las exigencias de los profesores, la falta de motivación. En los médicos por la aglomeración de pacientes, la restricción de presupuestos. Y así en todas direcciones.

Y si hablamos del arte, la poesía, la música. Precisamente, en un género de música como es el “Cante Jondo”, el cante flamenco más clásico, que se caracteriza por su fuerza expresiva de sentimientos, encontramos el “quejío” que no es sólo un instrumento de expresión gutural, sino un estilo casi característico. Con el quejío, abriendo y cerrando la canción, el poeta popular anota en sus coplas temas que son siempre quejas de abandono, dolor, de soledad.

Encontré también leyendo a Baudelaire unos versos oportunos: “... Mucha flor con pesar exhala como un secreto su grato aroma en las profundas soledades.”

Plantearse desde el psicoanálisis qué es la queja, qué función desempeña o más aún qué forma toma en cada una de las estructuras clínicas, es comenzar poniendo de relieve que cuando un sujeto habla, más allá de lo que conscientemente tiene intención de decir, lo importante es a quién se dirige. En el caso de un paciente en análisis está dirigido al analista, es decir acontece siempre en el orden que determina la transferencia. Entonces la queja, a la que voy a intentar referirme en estas páginas, deja de ser la vida del paciente y pasa a ser su queja, en transferencia.

Freud nos advierte que el tratamiento analítico ocupa al analista en la dirección de la cura y no en dirigir la vida del paciente. Es por eso que critica todo procedimiento basado en promesas de mejoría diciendo que la neurosis no necesita palabras de consuelo ya que este método se presenta como ineficaz. Y nos señala que cuando en sesión el paciente se queja de haber tenido un accidente lo primero que hace en lugar de compadecerle es preguntarle ¿por qué has hecho eso?

El rasgo más destacado de esta pregunta es el de llevar al paciente, en esa forma particular interrogativa, a una implicación en la frase que pronuncia. en eso consiste, precisamente, el psicoanálisis. No exactamente en que uno quede liberado de los síntomas, sino en que uno sepa en qué está enredado, implicado. O, dicho de otra manera, es una forma de reconocer que eso que he enunciado me concierne.

El lenguaje en su formalización impone otra cosa que la simple homofonía del decir ya que lo que se dice, aunque sea dicho desde el lugar del yo, está determinado por la posición inconsciente.

Esta dimensión que inaugura el psicoanálisis nos plantea que la función de la palabra consiste en ser la única forma de “acción” que se plantea como verdad. La acción humana por excelencia está fundada en la existencia del mundo simbólico, es decir está fundada en leyes. Es acción gobernada, determinada por el lenguaje, él nos pre-existe y pone en juego la palabra.

Toda acción en la sesión está incluida en el contexto de la palabra.

La queja es una acción. Un guiño, que no es para el yo sino para que el sujeto esté advertido de su deseo.

Toda acción tiene una relación con la opacidad de lo reprimido, es más no hay acción que trascienda definitivamente los efectos de lo reprimido. Quizá si en último término hay alguna, como máximo es aquella en que el sujeto se disuelve, desaparece. Es una acción de la cual no hay nada decidible. Y es el horizonte de esta acción el que da su estructura al fantasma.

Ante la queja nos tenemos que preguntar por el deseo que sostiene esa queja. Investigar cual es el fantasma, porque la estructura del fantasma es la posición del sujeto dividido, producido por el objeto que causa su deseo como estructura.

Podríamos animarnos a pensar que en cada estructura clínica la queja toma una forma diferente. Hay en este sentido un aporte muy interesante trabajado por Freud en el caso Dora.

Durante las sesiones del tratamiento Dora se quejó duramente de su padre, argumentando que era poco sincero, que no pensaba más que en su propia satisfacción y que poseía el don de representarse las cosas tal y como le convenían.

Las quejas y reproches que Dora hace hacia su padre se superponen, en toda su extensión, a las quejas que ella se hace contra sí misma. Dora tenía razón al afirmar que el padre no quería enterarse de la conducta del señor K para con ella, con el objeto de no verse perturbado en sus relaciones amorosas. Pero Dora obraba exactamente igual. Ella misma era la que había protegido la relación de su padre con la señora K. Es decir, si Dora se queja repetidamente de su padre, de esa situación en que se encuentra, eso también forma parte de la situación, ya que su queja está determinada desde una posición inconsciente.

“Una serie de quejas contra otros nos hace pensar en la existencia de quejas sobre el propio sujeto. Estas quejas parecen muy razonables por lo que el psicoanalista reconstruye en las palabras de la paciente un mecanismo algo automático”.

Esta proyección de la queja sobre otra persona sin modificación alguna del contenido y, por tanto sin base ninguna real es también muy frecuente en la paranoia. El sujeto paranoico se queja de que todos sus pensamientos son descubiertos por los demás y observados y espiados todos sus actos; escucha siempre voces misteriosas que le hablan en tercera persona.

En la queja del sujeto paranoico hay también una verdad.

Se trata de una instancia psíquica encargada de velar por la satisfacción narcisista procedente del ideal del yo que vigila de continuo el Yo actual y lo compara con el Ideal. En todos nosotros existe tal poder que observa y critica todas nuestras intenciones. El delirio de ser observado representa a este poder de forma regresiva, descubriendo con ello su génesis y el motivo por el que el sujeto se rebela contra él.

El psicoanálisis va a romper con la idea de que las cosas son como las ve, intuye o siente el paciente. La realidad viene después de la interpretación, donde la queja “reino de la certidumbre”, punto fijo para que nada cambie, deja de ser queja de algo o de alguien que propondría en todos los casos un camino lineal, para deslizarse en otra mirada y alcanzar la riqueza de un camino de palabras.

Lo que importa entonces no es el sentido de la queja, su contenido, la larga argumentación que ella siempre nos propone, sino que en la queja hay una verdad que el sujeto censura.

Recordemos que la misión de la censura es engañar por medio del mentir.

Una instancia, la censura, que escinde el mundo simbólico en dos, una parte accesible y una parte inaccesible, prohibida. ¿Contra qué se ejerce la censura? Contra deseos que despiertan horror por su egoísmo sin límites, ni escrúpulos.

Podemos leer cómo actúa la censura en el caso que Freud nos presenta, en *La interpretación de los sueños*, de una paciente histérica que fue a examinar a su casa:

Nos dice: “Se trataba de una muchacha de aspecto inteligente y decidido. Su toilette me llamó mucho la atención, pues contra todas las costumbres femeninas, llevaba colgada una media y desabrochados los botones de la blusa. Se quejaba de dolores en una pierna y sin que yo le hiciera indicación alguna, se quitó la media y me mostró la pantorrilla. Su queja principal y en la que insistía todo el tiempo era que sentía como si tuviera dentro del vientre algo que se moviera de aquí para allá, sensación que le producía profundas emociones. Sus palabras no eran en efecto nada equívocas. Lo extraño es que la madre de la muchacha no sospechase su sentido, a pesar de que debía de haberse hallado repetidamente en la situación que con ellas describía su hija. Esta no tiene idea del alcance de sus palabras, pues si las tuviera no las pronunciaría”.

Se ha conseguido cegar de tal manera la censura que una fantasía que permanece generalmente en lo preconsciente ha sido acogida en la conciencia bajo el disfraz de una queja y como absolutamente inocente.

No tenemos necesidad de descubrir todo el setido que hay en la queja, basta con apreciar que está cargada de significación, es más, encontramos representada en ella cómo se relaciona la histérica con su deseo inconsciente. La histérica tiene necesidad de que su lugar esté indicado en alguna parte. Ella indica el lugar -más allá de la apariencia, de la máscara- de algo que se le presenta al deseo sin, por supuesto, permitirle el acceso.

La queja encubre lo que impide.

En el melancólico es tal vez donde he encontrado el mayor acercamiento al tema que estoy trabajando.

Freud para esclarecer la esencia de la melancolía se va a servir del modelo del duelo.

En todo duelo está en juego la pérdida de objeto.

Tanto en el duelo como en la melancolía se pone en juego el proceso de identificación. La identificación narcisista propia de la melancolía muestra que la elección de objeto ha sido sustituida por una identificación con el objeto.

Si consideramos que el duelo como normal es lo que acompaña la pérdida de lo muy amado, en la melancolía la pérdida es pérdida para el yo y el conflicto con lo “perdido” produce una disociación entre la instancia crítica y el yo modificado por lo perdido y su identificación. Comprobamos entonces que, muchas veces, la libido se aferra al objeto y no se resigna a desprenderse de él. De esta manera vemos surgir una ambivalencia: la relación con la persona amada no puede ser abandonada a pesar del conflicto con ella.

Así los lamentos y autorreproches del melancólico que se particularizan anímicamente por una desazón dolorosa son auténticas quejas y no tienen necesidad de ocultarse porque, en realidad, se adaptan más a aquello que considera perdido que a él mismo.

Es muy interesante que etimológicamente -como decíamos al comienzo- queja sea querella, porque parecería ser un reforzamiento de esta línea de lectura donde en el combate amoroso que libra el melancólico en su queja, se querella contra.

A esto se agrega que la carga erótica del melancólico no sólo experimenta el destino de retroceder hasta la identificación, sino que también se detiene ante sus tendencias de haber deseado la pérdida del objeto amado e incluso ser culpable de ella. Su finalidad es hacer de la culpa el único sentimiento esencial y relevante.

Cómo relacionar, entonces, la queja -como acción- con la culpa.

Acercándonos a la cuestión de la culpa desde la perspectiva de la Ética del Psicoanálisis tenemos que decir que la ética consiste en un juicio sobre nuestra acción haciendo la salvedad de que sólo tiene alcance en la medida que la acción también entrañe un juicio incluso implícito.

Que el psicoanálisis pueda dimensionar lo que hago sin entrometerse en lo que hago, permite que la ética del psicoanálisis aporte algo que se plantea como medida de nuestra acción. Si en lugar de reducir nuestra experiencia a un denominador común, intentamos articularla en su estructura propia, estaremos en condiciones de producir una revisión de la ética que planetee la relación de la acción con el deseo que la habita.

La pregunta que surge no es fácil de sostener. Incluso, dice Lacan, nunca fue formulada en otra parte con tanta pureza y que sólo puede serlo en el contexto analítico.

¿Ha actuado usted en conformidad con el deseo que lo habita?

A esta mirada sobre el deseo se opone la ética tradicional, la del servicio de los bienes. Pero la ética del psicoanálisis no es una especulación que recaiga sobre la disposición de lo que se llama el servicio de los bienes. Y así llega a oponerse una respuesta paradójica a aquella pregunta:

Propongo que de la única cosa de que se puede ser culpable al menos en la perspectiva analítica, es de haber cedido en su deseo.

Aquello de lo que el sujeto se siente culpable es siempre, en su raíz, de haber cedido en su deseo.

Que haya cedido por un buen motivo o con su mejor intención no aligera el problema.

Hacer las cosas por el bien, no impide que en la práctica tengamos que preguntarnos ¿el bien de quién? Hacer las cosas en nombre del bien, y aún más del bien del otro no nos pone al abrigo de la culpa.

CEDER EN SU DESEO se acompaña siempre en el destino del sujeto, de alguna traición.

O el sujeto traiciona su vía, se traiciona a sí mismo y él lo aprecia de ese modo. O, más sencillamente, tolera que alguien con quien se consagró más o menos a algo haya traicionado su expectativa, no haya hecho respecto a él lo que entrañaba el pacto.

Algo se juega alrededor de la traición cuando se la tolera, cuando impulsado por la idea del bien se cede hasta el punto de reducir las propias pretensiones.

Aquí se encuentra la estructura CEDER EN SU DESEO. Cosa que no es difícil si perseguimos nuestro bien en los dictados de nuestra moral que es todo menos racional y que presenta una economía tal que cuanto más sacrificios se le hacen, tanto más exigente deviene.

El deseo es lo que sostiene el tema inconsciente, la articulación que nos arraiga en un destino particular, el cual exige con insistencia que la deuda sea pagada y vuelve, retorna, nos remite siempre al mismo surco, el surco de lo que es propiamente, nuestro asunto.

Lidia Andino. Psicoanalista
Arganda del Rey: 91 871 52 19

GRUPO CERO

IBIZA

Departamento de Clínica
Tel. 971 30 78 04
Prevía petición de hora

GRUPO CERO

BARCELONA

Departamento de Clínica
Tel. 93 454 89 78
Prevía petición de hora

GRUPO CERO

ZARAGOZA

Departamento de Clínica
Tel. 976 25 25 17
Prevía petición de hora